

tir de todo eso. = Pues tambien declaramos que la verdadera bienaventuranza y Dios son una misma cosa. = Así es. = Luego seguramente podemos concluir que en ninguna otra parte está colocado el bien que en la substancia de Dios.

METRO X. DEL LIBRO III.

Venid acá todos quantos
teniendo el ánimo ciego,
con los inmundos antojos
de los deleytes terrenos,

Entregados á los vicios
os atan con torpes hierros
de sus pesadas cadenas
los fingidos gustos vuestros;

Que aquí hallareis el descanso
de los trabajos, el puerto
donde se ofrece seguro
tranquilo dulce sosiego.

Este es el unico asilo
donde se alcanza el consuelo,
y donde tienen refugio
los mas afogados pechos;

Que todo quanto las ricas
ondas del Tajo y del Hermo,
de hermosas arenas de oro
tienen en sus rubios senos;

Ni quanto fecunda el Indo,

que por estar poco lejos
de la fiera ardiente Zona,
corren sus aguas hirviendo

De verdes y blancas piedras
con que su precioso riego
muestra en diferentes visos
tornasolados reflexos;

Ni todo el tesoro junto
de las cosas de mas precio
pueden aclarar la vista
de un confuso entendimiento;

Porque antes bien le obscurecen
mas con los nublados densos
de la codicia, que infunden
en los humanos afectos:

Demas, que quanto se finge
apetecible al deseo,
lo crió la avara tierra
en lo profundo del centro;

Pero el esplendor, por quien
luce y se gobierna el cielo,
destierra luego de la alma
los oscuros desconciertos;

T así qualquiera que pueda
mirar esta luz atento,
dirá que no son lucidos
los claros rayos de Febo.

PROSA XI. DEL LIBRO III.

Conformome, dixé, con todo lo propuesto, porque todas son conclusiones pertrechadas con tan firmes antecedentes, que al ánimo mas dudoso se manifiestan indubitables. Entonces ella ¿en quanto dixo estimarias tener el perfecto conocimiento de qual sea el mismo bien? Fuera en mí afecto, dixé, esa noticia de inestimable aprecio, y de estimacion infinita, porque juntamente con eso lograría yo la dicha de conocer á Dios, que es el mismo bien. = Pues eso se declarará bien presto con razon bien evidente, con tal que queden en suposicion de ciertas las doctrinas que atras están ya probadas. = Sí quedarán sin que padezcan contradiccion alguna. = ¿No dimos á entender, que aquellas cosas que son de los mas de los mortales apetidas, no pueden llenar la substancia de verdaderos y perfectos bienes, porque se diferencian y distinguen entre sí; y que faltándole á la una lo que posee la otra, en ninguna de ellas es posible hallarse el absoluto y colmado bien, y que entonces llegarán á perfeccionar el bien ver-

dadero, quando de tal manera se junten y congreguen en una forma misma, y en una primera causa, que la suficiencia venga á ser lo mismo que el poder, el poder que la veneracion, la veneracion que el lustre, y el lustre que el gusto; pero que mientras no sean una misma cosa todas, no tienen nada que las pueda hacer apreciables? = Decidido está de modo que no le hay para dudar. = Pues estas cosas que no son bienes en tanto que se distinguen, y lo llegan á ser luego que se unen, ¿no necesitan, para ser bienes, de la union que juntándolas hace que lo sean? = Así me parece. = Y todo lo que es bueno ¿no concedes que lo es por la participacion del bien? = Sí. = Pues por la misma razon es preciso que confieses que la union y el bien son una cosa misma; porque una propia es la substancia de las cosas, cuyos efectos no son naturalmente diversos. = No puedo negarlo. = ¿No sabes tambien, que todo lo que tiene ser permanece y goza de substancia todo el tiempo que se conserva en su union, y que al mismo instante que la pierde se deshace y disuelve juntamente con ella? = ¿De qué manera? = Como sucede en los animales, que mientras están jun-

tos en uno el cuerpo y la alma, se llaman animales; pero al instante que se disuelve esta union separándose la alma del cuerpo, fenecen y dexan ya de serlo, y el mismo cuerpo tambien en tanto que permanece unido con la composura de todos sus miembros, representa forma humana; pero si dividiéndose y descoyuntándose las partes de este cuerpo, descomponen su union, pierde el ser que antes tenia; y quien vaya discurrendo así por todo lo demas, conocerá claramente que qualquiera cosa tiene substancia en tanto que es una, y que luego que le falta la union feneces. = Aunque estoy haciendo esa consideracion en varias cosas, en ninguna hallo lo contrario. = ¿Hay pues alguna cosa, que en quanto le dicta su naturaleza, procurando huir de su conservacion y substancia, apetezca su propio fin y corrupcion? = Si he de considerar en los animales, que son los que tienen algun instinto para querer y no querer, ninguno hallo que, sin exteriores violencias que le obliguen, aborrezca la vida, y se apresure á la muerte; porque todo animal solicita defender su indemnidad, y evitar su daño; pero de las yerbas y árboles, y de todas las demas cosas inanimadas no sé qué me

diga. Pues si lo adviertes bien, dixo, tampoco tienes que dudar en eso, quando miras que los árboles y yerbas nacen en puestos proporcionados á sus calidades, donde, en quanto permite lo fragil de su naturaleza, no se marchite con brevedad su verdor; porque verás que unas se crian en los amenos campos, que á otras las producen los empinados montes, que otras se engendran en las humedas lagunas, que otras se arraygan en la dureza de los peñascos, y que las esteriles arenas son fecundas para otras; y si alguien intenta trasplantarlas á diferentes sitios, todas se secan; pero da la naturaleza á cada una lo que importa para su conservacion, y cuida de que no fenezcan mientras es posible que duren: ¿qué diré pues de la disposicion con que como si tuvieran metidas en la tierra las bocas van chupando el humor de que se alimentan por sus raices, y distribuyendo el vigor que el sustento les añade parte al corazón, y parte á la corteza? ¿Qué diré de la traza con que se oculta y defiende siempre en el interior del tronco lo mas precioso del árbol, que es como un blando tuetano, á quien guarda puesta encima la firmeza de la madera, y luego en el puesto superior para resistir las inclemencias de

los temporales, se opone como por escudo la aspera robustez de la corteza? Pues ¡quán grande es el cuidado que la naturaleza tiene de que todas las cosas se propaguen con la abundancia de simientes que produce! en que se muestra que no solo miró al tiempo que pudieran permanecer, sino que engendrándolas de nuevo cada dia, las quiso perpetuar. Pues en las demas cosas, que están en crédito de inanimadas, ¿no vemos tambien que cada una de ellas apetece lo que le es mas propio? porque ¿por cuál otra causa se exhalan hácia lo alto las llamas aligeradas de su delgadeza, y se precipitan hácia lo profundo las piedras oprimidas de su peso, sino porque á cada una le convienen semejantes movimientos y sitios? Demas, que á qualquiera cosa la conserva en su vigor aquello que confronta con su ser, y la deshace lo que repugna á su natural; y las que son duras, como las piedras, reconcentran fuertísimamente unas con otras sus partes, y hacen tenaz resistencia para que no las dividan con facilidad; y al contrario, las que son líquidas como el ayre y la agua, facilmente se dexan vencer de la mano que las divide, pero con la misma presteza vuelven á deslizarse hasta quedar unidas co-

mo se estaban; pero el fuego se exime de todo género de division; y no tratamos ahora de las acciones voluntarias que penden de la eleccion y arbitrio de las almas, sino de los efectos naturales, como son, que sin advertirlo, digerimos las viandas de que nos alimentamos, y sin procurarlo, respiramos mientras dormimos; porque ni aun en los animales procede el deseo de su conservacion de la voluntad del alma, sino del origen de la naturaleza; y esto se vé en que muchas veces las causas exteriores que sobrevienen hacen que la muerte, que á la naturaleza es formidable, sea á la voluntad apacible; y al contrario, tambien limita la voluntad aquella propension de engendrar que siempre infunde la naturaleza, y en que unicamente se asegura la duracion de lo corruptible; y así este su amor propio no se origina de la voluntad del alma, sino de la inclinacion de la naturaleza; porque dió la Providencia á todo lo criado este natural deseo de conservarse todo el tiempo que su posibilidad alcanzare; con que no hay motivo para que dudes que todo quanto tiene existencia apetece naturalmente la constancia en el durar, y rehusa la facilidad en el fenecer. = Confieso que veo ahora indu-

bitable lo que antes me parecia incierto. = Pues aquello que apetece su conservacion y substancia tambien desea la union, porque faltándole ésta, tampoco le quedára el ser. = Verdad es. = Luego todas las cosas desean la union. = Ya lo tengo confesado. = Pues tambien habemos mostrado que la union es lo mismo que el bien. = Así es verdad. = Luego todas las cosas aspiran al bien, y así lo podrás definir de este modo, que *el bien es aquel que todos desean.* = No se puede pensar cosa mas cierta; porque ó todas las del mundo se han de reducir á nada, y destituidas de su principio unico andarán vagando sin gobierno, ó si hay alguno á quien se dirixan, aquel será el sumo bien de todos los bienes. = ¡O cuánto me alegro, hijo mio, de oirte, porque de medio á medio acertó, en el blanco de la verdad el tiro de tu discurso; demas que en esto se te ha declarado lo que antes decías que ignorabas! = ¿Qué? = Qual fuese el fin de todas las cosas; porque verdaderamente lo es *aquel que es deseado de todos.* Y pues habemos definido el bien de esta manera, preciso es que confesemos que *el fin de todas las cosas es el bien.*

METRO XI. DEL LIBRO III.

*Quien con sabio discurso investiga
lo mas verdadero en qualquiera opinion,
y no quiere engañarse con tantas
como ha introducido en el mundo el error,*

*Exâmine despacio su pecho
pidiéndole cuenta de quanto pensó,
y con vista sutil reconozca
de toda su mente lo mas interior;*

*Reduciendo el veloz pensamiento,
si rumbos altivos extraños tomó,
á que en círculo breve revuelva
á hacer de sí mismo cabal reflexion:*

*Y si el ánimo busca altanero
en cosas ajenas saciar su ambicion,
industriadlo á quedar satisfecho
con las que posee su rico interior;*

*Que con esto, lo que antes cubrian
las lóbregas nubes del pérfido error,
lucirá con mas bellos cambiantes,
mas tersos, mas puros, mas claros que el sol;*

*Porque el cuerpo, aunque oprime las almas,
no de todo punto su luz apagó,
que no puede el olvido que infunde,
dexar extinguida tan noble razon:*

*Y así queda humeando allá dentro
alguna centella de aquel esplendor,
que se aviva, se excita y enciende*

con lo que la diestra enseñanza sopló;

*Que si aquella raiz no habitára
oculta en el pecho, ¿por qual ocasion
dierais fiel voluntaria respuesta
á quantas preguntas la duda formó?*

*Que si es cierta la filosofia
que enseña la pluma del docto Platon,
nadie aprende las ciencias de nuevo,
sino que se acuerda de las que olvidó.*

PROSA XI. DEL LIBRO III.

Ajustome de muy buena gana, dixey entonces, con el sentir de Platon, porque ahora caygo en la cuenta de que has renovado segunda vez las especies de la memoria que primero se me confundieron con la opresion que padeció la alma al quedar encarcelada en la union del cuerpo, y despues me volvieron á faltar con el peso de la melancolía. Si atiendes bien, añadió ella, á lo que antecedentemente queda concedido, tampoco tardarás mucho en acordarte de aquello que dixiste que ignorabas. = ¿Qué? = Qual sea el tenor con que se gobierna esta nave del mundo. = Ya me acuerdo, que confesé mi ignorancia; y aunque ya columbro lo que intentas decidir, con todo eso quiero saberlo de ti

con mas extension. = Poco ha que no ponias duda en que la máquina del orbe se regia por la disposicion soberana de Dios. = Ni ahora la pongo, ni la pondré eternamente; y declararé con brevedad las razones que á esto me mueven. De ningun modo fuera posible, que constando este mundo de tan diversas y encontradas calidades se uniesen todas en tan amigable paz, que se conformasen en componer una forma de su fábrica, si no hubiera uno que juntase cosas tan diferentes, y, aun despues de juntas, era fuerza que se desaviniesen y apartasen por la contrariedad de sus naturalezas tan opuestas, si no hubiera uno que conservara lo que enlazó; ni procediera con tanta certidumbre el orden de la naturaleza, influyendo sus movimientos tan proporcionados á las regiones, á los tiempos, á la fertilidad, á las distancias, y á las calidades de cada pais, si no hubiera uno que constante siempre gobernára la próvida inconstancia de estas variedades. A éste pues, sea el que fuere, por quien se conserva y mueve todo lo criado, valiéndome de esta general voz que todos usan, le llamo Dios. = Pues si estás ya persuadido á esta verdad, muy poco

juzgo que tendré que hacer para conducirte adonde, partícipe de la felicidad, libre ya de los pasados riesgos, vuelvas á ver la dichosa patria; pero exâminemos otra vez lo que propusimos. ¿No dexamos asentado que se debe contar la suficiencia entre las felicidades de la bienaventuranza? ¿Y no queda ya concedido, que es Dios la bienaventuranza misma? = Es verdad. = Luego no tendrá necesidad de patrocinio extrínseco para regir el mundo; porque si para su gobierno hubiera de mendigar el ageno auxilio, ya le venia á faltar la suficiencia propia. = Esa es ilacion precisa. = Luego lo dispone todo por sí solo = No puede negarse. = Pues tambien está probado que es Dios el mismo bien; luego por bien lo dispone todo, supuesto que lo gobierna todo por sí; quien, queda concedido, que es el mismo bien; y este viene á ser como el polo y el fundamento por quien se defiende incorruptible y estable la máquina del orbe. = Totalmente me dexa satisfecho ese discurso, y aunque (por débiles sospechas) ya yo habia abizorado que era este el fin á donde se encaminaba tu plática. = Yo lo creo, porque ya, segun advierto, tienes mas perspicaces los ojos

para percibir la luz de la verdad; pero no es menos manifesto á la vista lo que añadiré. = ¿Qué? = Si se puede dudar, supuesto que justamente se cree que Dios lo gobierna todo con el timon de la bondad; y que todo, como ya declaré, por su natural propension se dirige al bien, ¿si se puede dudar, digo, que se dexan regir voluntariamente todas las cosas, y que obedecen sin resistencia la voluntad de su gobernador, como templadas y conformes á su arbitrio? = Forzoso es que sea así, porque de otra suerte no parece que seria feliz semejante gobierno; pues vendria á ser yugo de los que le repugnaban, y no amparo de los que le obedecian. = Luego no puede haber cosa que observando los fueros de su naturaleza, intente contravenir á los preceptos de Dios. = No por cierto. = Y qué si lo intentára, ¿podiera acaso lograrse su pretension contra la voluntad de quien por la bienaventuranza de que goza, tan justamente habemos supuesto que es poderosísimo? = Antes bien era preciso frustrarse qualquier intento que se le opusiese. = Luego no hay nada que quiera ni pueda resistirse á este sumo bien. = Juzgo que no. = Luego el sumo bien es el que lo gobierna to-

do con fortaleza, y lo dispone con suavidad. = No solo me deleytan las sentencias infalibles que de tus razones se infieren, sino que añaden mucha mas sazón al gusto esas palabras de que usas; y ha hecho en mí tanta mella lo fundado de las verdades, y lo galante del estilo, que se avergüenza ya mi ignorancia de haber puesto dolo en lo que de la Soberana Providencia pende. Ya viste entre las fábulas aquella de los gigantes, cuya soberana locura quiso hacer al cielo guerra; pero castigólos, como era justo, la benigna fortaleza, á la que intentaron ofender: pero ¿quieres que vayamos careando unas con otras las razones ya dichas? podrá ser que de esta confrontacion salte alguna centella hermosa de la luz de la verdad. = Como tú gustares. = Que es omnipotente Dios, nadie lo duda. = De los que tuvieron entendimiento, ninguno. = ¿Puede haber pues algo á que no llegue el poder de quien es omnipotente? = Nada. = Y puede Dios hacer mal? = De ningun modo. = Luego el mal no viene á ser nada, pues no lo puede hacer aquel que lo puede hacer todo. = Estás burlándote de mí, forjando de tus razones un intrincado la-

berinto, en que, ya puedas entrar por donde saliste, y ya vuelvas á salir por donde entraste, constituyes un admirable círculo de la simplicidad divina; porque poco ha empezando por la bienaventuranza, decias que el sumo bien era aquel que estaba puesto en el sumo Dios, y asentabas que el mismo Dios era el bien sumo, y la cumplida bienaventuranza; de donde inferias, como por demostracion precisa, que ninguno podia ser bienaventurado sino que fuese tambien Dios juntamente; luego añadias, que la misma forma del bien era la substancia de Dios, y de la bienaventuranza; despues enseñabas que el bien era aquel que era uno, y era pretendido de todos: argüias tambien que con el gobierno de su bondad lo regia todo Dios, y que le obedecia todo voluntariamente; y que la naturaleza del mal era ninguna, y todo esto lo probabas, no valiéndote de autoridades agenas, sino de razones domésticas y palpables, que con evidencia se iban infringiendo unas de otras. = De ninguna manera es esto burlarme, sino que con el favor de Dios, á quien antes invocamos, habemos conseguido ya la mayor de todas las cosas; porque es de tal calidad la forma de la

divina substancia, que ni mezcla su esencia con cosa extrínseca, ni admite cosa extrínseca en su esencia; sino que como dice de ella Parmenides, voltea la movible rueda de todo lo criado, conservándose ella inmóvil siempre; y no tienes que extrañarte de que me valga de razones de acarreo, y que solamente use de las que se hallan dentro del círculo de la materia de que tratamos; pues aprendiste de la doctrina de Platon que el estilo de las palabras ha de ser pariente cercano de las materias que se disputaren.

METRO XII. DEL LIBRO III.

¡Feliz quien pudo ver distintamente
del pretendido bien solicitado
la clara, hermosa cristalina fuente!
¡feliz quien pudo verse desatado
del yugo torpe, que tan duramente
oprime la cerviz con el cansado
peso de las pasiones de la tierra,
que hacen á la quietud tan dura guerra!
Despues que el diestro músico de Tracia
lloró en dulces, sí tragicos acentos,
de su amada consorte la desgracia,
enterneciendo con su voz los vientos;
y despues que expresó con tanta gracia
sus amantes tristísimos lamentos,

que hizo, á pesar de sus nativos brios,
correr las selvas, y parar los rios;

T despues que la cierva porfiada
se puso al lado del leon horrible,
y quedaba la liebre asegurada
del galgo con la música apacible;
como él llevaba en sí tan arraygada
la ardiente llama de su amor terrible,
aunque su lira á todos suspendia,
no pudo al fuego que en su pecho ardia:

T llevado de su impetu furioso,
acusando á los dioses de crueles,
baxó al profundo reyno tenebroso,
sitio donde padecen los infieles,
y allí ajustando al metro numeroso
las consonancias de sus cuerdas fieles,
porque conformen instrumento y canto
en pena, amor, tristeza, luto y llanto,

Quanto materna musa le inspiraba,
cantó con tierno misero lamento;
quanto su sentimiento le dictaba,
quanto el amor, que dobla el sentimiento;
tan fino se quejó, que lastimaba
la habitacion horrible del tormento,
suplicando á los Reyes del profundo
que restituyan su consorte al mundo:

Las tremendas gargantas del Cerbero
á sus ecos callaron suspendidas;
las tres duras hermanas, terror fiero,
y castigo cruel de las perdidas

almas , perdiendo su rigor severo,
 las publicó su llanto enternecidas;
 cesó la veloz rueda el movimiento,
 y á Ixíón le dió treguas su tormento.

Ta el miserable Tántalo , afligido
 de tan ardiente sed , la agua no sigue;
 ya cebándose el buitre en el sonido,
 las entrañas de Ticio no persigue;
 ya confiesa Pluton quedar vencido
 de sus doctos acentos . y prosigue
 diciendo : yo te doy tu esposa amada,
 á costa de tus versos restaurada:

Mas con tal condicion se te concede,
 que en tanto que no salgas del infierno,
 licencia de mirarla no te quede :
 ¿ quién pondrá leyes á un amante tierno,
 si es el amor la ley que en él mas puede?
 ¡ ay , que antes de dexar el lago averno,
 volvió á mirar Orfeo á su Euridice,
 perdiéndola , matándola , infelice!

Esta fábula sirva de advertencia
 á los que tienen puesto el pensamiento
 en la suprema soberana esencia;
 porque quien sin hacer á lo violento
 de sus pasiones firme resistencia,
 vuelve los ojos á otro indigno asiento,
 pierde el gozar de lo que mas desea,
 mientras en lo inferior la vista emplea.

LIBRO QUARTO.

PROSA PRIMERA.

Apenas se escucharon los ultimos
 ecos de estas razones, que con toda la de-
 cencia de su gravedad , y sin faltar á
 un punto de la entereza de su semblan-
 te cantó la Filosofia , quando yo , aun no
 olvidado totalmente de mi entrañado sen-
 timiento , sin reparar en que aun parece
 que se prevenia para decir mas , inter-
 rompí el hilo de su plática , diciendo : ¡ ó
 precursora de la verdadera luz ! bien se
 ha conocido que todo lo que hasta aquí
 ha pronunciado tu enseñanza , por su con-
 templacion es divino , y por tus argumen-
 tos indubitable ; y aunque lo extrañé co-
 mo nuevo , tú me dixiste que nada de
 esto ignoraba yo antes , si bien por el do-
 lor de mis pasiones lo tenia olvidado to-
 do ; pero esa misma es la causa mayor
 de mi congoja , que siendo sumamente
 bueno el supremo gobernador de todas
 las cosas , pueda haber en el mundo mal-
 dades , y se pasen sin ser castigadas. Con-
 sidera quán digna es de admiracion por sí
 sola cosa tan extraña ; pues á esta se le
 añade otro mayor pasmo ; porque rey-